

Clarisa y el sótano de papel

(Novela)

FABIÁN SEVILLA

Ilustraciones de **Marcos Pezzani**

 **Planetalector**

Grupo Editorial Planeta

Capítulo 1

El último suspiro del bosque

El amanecer trajo un horizonte de camiones y operarios.

Los togamogas los presintieron. Les temieron, pero también se prepararon para lo inminente.

El bosque milenario se sacudió con el rugido de las sierras eléctricas. Y el ejército de operarios avanzó.

Tenían dientes de tiburones las sierras, de tiburones de acero.

Los togamogas se defendieron como sabían. Extendieron, desplegaron, arquearon sus ramas para golpear aquí y allá, aquí, allá, acullá a quienes los arremetían.

Luchaban con ferocidad. Pero aunque mágicos y gigantescos, eran árboles. No habían nacido para ser guerreros; tampoco podían esquivar las dentelladas de las mortíferas sierras o escapar en retirada.

En medio del caos del combate, a uno de los árboles se le ocurrió una estrategia.

El togamoga liberó tres semillas.

Volaron desperdigadas y cayeron huérfanas, vulnerables en el campo de batalla.

Los pájaros que anidaban en las ramas de los togamogas intentaron ayudarlos. Se elevaron y se arrojaron en picada. Aun así rebotaban inútilmente en los cascos de los atacantes y sus picos nada pudieron hacer contra los gruesos guantes.

Las sierras tajeaban sin piedad la base de los gruesos, nudosísimos troncos. Los togamogas lanzaban alaridos de dolor y lloraban su sabia maravillosa. Una sabia que chorreaba como sangre y que de a poco se fue secando para siempre sobre la hojarasca que alfombraba el suelo.

Unos tras otros los colosales, antiquísimos árboles fueron cayendo víctimas de la desigual contienda. Las sierras doblaban con rapidez y facilidad lo que no habían podido vencer huracanes, sequías, nevadas, siglos.

Mientras se derrumbaban, cantaban.

*Hər şey ölmək var
hər kəs bir məqsəd var...*

Los árboles mágicos mueren cantando.

*Məni narahat etməyin!
Sonu başlanğıcıdır
biz yaşadığımız dövr...*

Era un murmullo aquel canto fúnebre.

*Todo tiene que morir
todos tenemos un fin...*

Una despedida era el murmullo.

*¡No sufras por mí!
El fin es el comienzo
del ciclo que nos toca vivir...*

Clarisa sería la única en escucharlos. En un sueño. Pero mucho tiempo después, cuando ella estuviera soñando muy lejos de aquel bosque donde iba germinando la fatalidad.

También pasaría mucho tiempo hasta que ella supiera que los togamogas habían existido y que aquel canto era una suma de últimos suspiros.

En minutos, lo que había sido un admirable reino hecho con frondas se redujo a un páramo tachonado de tocones y astillas.

Y planeando en lo alto, los pájaros debieron rendirse. No había nada más que hacer, salvo contemplar cómo los troncos, muchos agonizantes otros ya sin vida, eran apilados. Unos sobre otros partían en los camiones rumbo a la fábrica de papel.

El bramido de las sierras, el trueno de los motores, el dolor de los árboles y sus suspiros finales fueron reemplazados. Se impusieron el silencio, la pena de los pájaros y el recuerdo del último bosque de togamogas sobre la faz de la Tierra.

Pero quedaban las tres semillas.

Uno de los pájaros alcanzó a verlas desde allá arriba. Se lanzó en un vuelo decidido. Iba en su búsqueda.

Y escondidas en su buche, ese mismo amanecer las tres semillas volaron lejos de los restos de la masacre.

¿A dónde las llevaría? El pájaro no lo sabía. Pero era consciente de que eran la última esperanza para que los fabulosos togamogas, quién sabe cuándo y dónde, resurgieran.

La única esperanza que tenía el bosque para dejar de ser un recuerdo...

Capítulo 2

Oscurisa

Clarisa se llamaba.

Pero ella pensaba que su nombre debería ser *Oscurisa*, más a tono con su existencia.

No guardaba el más mínimo recuerdo de su mamá o un papá. Ni sus nombres conocía. Tampoco tenía otros familiares, por eso desde que podía recordar había boyado de orfanato en orfanato.

«¿Tendré alguna vez una casa que pueda llamar mía? ¿Ropa comprada o hecha especialmente para mí? ¿Qué tal una cama y una almohada que solo yo haya usado?», se preguntó apenas despertó aquel día.

Era el día en que cumplía trece años.

Se preguntó también si con la casa, la ropa, la cama y la almohada llegarían una familia y amigos, muchos amigos. Porque aunque en el orfanato había chicas de su misma edad, Clarisa retaceaba el cariño. ¿Qué ocurriría si hacía una amiga entrañable y al tiempo, ella se marchaba

a otro orfanato o a esa otra niña le encontraban una familia?

«Mejor no tener a alguien, así no sufro si llegara a perderlo», había decidido alguna vez.

Todos los días de sus cumpleaños habían sido tristes, oscurísimos. Aquel no parecía estar pintado con otro color. Y luego de tender la cama que ocupaba en el gran dormitorio que compartía con otras chicas, salió al patio. Sentada contra un cantero, sola y alejada de los demás, se enfrascó en volver sus sueños realidad aunque fuera con papeles.

Clarisa podía crear mundos enteros de papel sin usar tijeras ni pegamento, solo doblando, plegando, frunciendo. No sabía si había nacido con esa destreza, tampoco recordaba que alguien se la hubiera enseñado. Sin embargo, sus manos se fueron volviendo cada vez más habilidosas en el arte de los dobleces, plegados y fruncidos.

Y con pocos dobleces hechos a las páginas de un cuaderno hizo una casa, una casa en la que, al levantar el techo, se veía la silueta de una torta con velitas encendidas. A punto de apagarlas había una niña de papel con un papá y una mamá a cada lado; los rodeaban las figuras de amigos, muchos amigos que sus dedos habían plegado.

Grupo Editorial Planeta



Pensaba en cómo completar su sueño de papel cuando la interrumpieron.

La señorita Zacarina, que dirigía ese orfanato al que había llegado hacía pocos meses, la mandó llamar a su despacho.

Y por un instante Clarisa tuvo esperanzas.

Esperanzas de que su existencia al fin fuera a combinar a la perfección con su nombre. Y olvidaría para siempre que merecía llamarse Oscurisa...